

PERSPECTIVAS

POTENCIALIDADES Y LIMITACIONES DE LA ACCIÓN DE LA INFORMACIÓN SOBRE LA UNIVERSIDAD¹

MARTA KISILEVSKY

“Antaño, cuando los trajes de caballeros se hacían a mano, la elegancia sartoria iba a la par con la precisión del corte. El arte del sastre era, en el viejo sentido de la palabra, entallado. El parroquiano se ufanaba con los halagos y elogios de amigos y colegas. De ahí viene el chiste de un mediospelos que en vez de ir a la calle Savile, donde todavía hoy se encuentran las que pasan por ser las mejores sastrerías británicas, ingenió evitarse un enojoso estipendio acudiendo a un sastre de las afueras. Tomadas las medidas y tras las pruebas, el resultado fue sorprendente: la chaqueta pendía de sus hombros como tienda de campaña; los pantalones, colgando por la caja, ondeaban allá por las rodillas: el terno era, en verdad, un monumento a la más elocuente incompetencia jamás alcanzada por ningún sastre o cortador. Emplazado a responder de tamaño desastre, el sastrecillo, sacudiendo vivamente de la solapa a su cliente, contestó: No repare en la calidad, señor. Mire la holgura.” (extraído de Neave, G., 1995)

Tal como señala Guy Neave luego de relatar el cuento del sastre de barrio, las universidades contemporáneas parecen seriamente atrapadas en el siguiente dilema: ¿se puede tener tener a la vez cantidad y calidad? Pocos son los sistemas latinoamericanos, y también europeos, que escapan a semejante preocupación. Las universidades están pasando del control tradicional del estado planificador al del Estado evaluador (“evaluative state”), lo cual lleva a una redefinición de la relación entre el Estado y las universidades. En esa redefinición, la problemática de la calidad juega un rol importante para el gobierno de la educación superior. En un contexto de sociedades basadas en el conocimiento, las universidades se transforman en las depositarias de crear y recrear ese conocimiento, así como de avizorar la evolución de la sociedad, de juzgar la pertinencia de su desarrollo y de formular soluciones a sus problemas; se cifran en ella grandes expectativas y en ella confluyen aspiraciones de amplios grupos de la población.

Al mismo tiempo, los cambios en los marcos legislativos y las políticas de evaluación de la calidad y de financiamiento colocan a la universidad en un lugar de mayor exposición y de mayores controles externos, trayendo consecuencias importantes en la producción de información sobre la propia institución. Nadie discute ya que para que las nuevas políticas sean exitosas es necesario tener información confiable sobre el funcionamiento del sistema y un marco de relaciones entre las universidades y el Estado que garantice un clima de confianza en los instrumentos y procesos implementados. En Argentina, hace unos 6 años existe un programa especial²

del gobierno tendiente a mejorar las estadísticas universitarias, cuyos objetivos son la elaboración de las tablas estadísticas estándar (que estuvieron suspendidas durante varios años), la elaboración de indicadores de comportamiento de la gestión universitaria, la elaboración de informes analíticos sobre el panorama universitario y la simulación de escenarios futuros. Se propone realizar estas mismas actividades en conjunto con las universidades del país.

En relación con la elaboración de indicadores es necesario detenerse al menos en dos cuestiones: en primer lugar, los indicadores generalmente son producidos por los países avanzados, tanto por la mayor tradición de generarlos y usarlos que hay en ellos como por la mayor fortaleza e impacto de sus medios de publicación y difusión; y en segundo término, la debilidad de los sistemas de información y la poca difusión de los indicadores provenientes de las instituciones de los países menos desarrollados conllevan a que aquellos diseñados por los más poderosos se conviertan en indicadores internacionales de calidad educativa y símbolos de progreso material y, en consecuencia, a su creciente uso por gran cantidad de grupos hasta convertirlos en el estándar de referencia obligado.

En este sentido, aun en los países centrales existen diversas posturas respecto de las limitaciones y posibilidades de estos indicadores. Las controversias subyacentes en las discusiones surgen, por un lado, de quienes sostienen que la educación superior no puede ser gestionada por otros que no sean científicos, dado que son quienes tienen la responsabilidad y la capacidad de dirigir sus propias investigaciones y sus actividades docentes en el contexto de la ciencia y la sociedad. Desde otro lugar, se afirma que las decisiones deben tomarse en función del flujo de recursos al sistema, y que las decisiones prioritarias deben estar basadas en algún criterio que reduzca la complejidad. Son necesarias, desde esta lógica, abstracciones, comparaciones, indicadores, en resumen, información simplificada que facilite la toma de decisiones (Frackmann, E., 1991).

En realidad, los indicadores, como su nombre señala, “indican” la existencia de algún fenómeno que puede ser ambiental, económico, social, etc. En nuestro caso en particular están referidos a variables educativas, detrás de las cuales existen conceptos. De tal manera que al hacer referencia a indicadores, se alude a marcos teóricos que abarcan diferentes encuadres epistemológicos. Por lo tanto, los **indicadores** constituyen un instrumento complejo y delicado de la educación superior, cuyo propósito y naturaleza puede variar

entre sistemas universitarios diversos, entre instituciones educativas, o incluso entre áreas de estas.

Su utilización, exige, al menos, cuatro condiciones. La primera, un profundo conocimiento de los sistemas, las instituciones, los procesos, y los componentes de la educación superior. La segunda, la disponibilidad de información válida, pertinente y confiable. La tercera, una visión precisa del propósito que quiere asignarse a un indicador o a un sistema de indicadores en el desarrollo institucional. La cuarta, y última, un contexto claro para dar lugar a un correcto manejo e interpretación de los indicadores. La suma de estas cuatro condiciones es la que establece la posibilidad de construir indicadores inteligentes, relevantes y pertinentes, así como la capacidad para utilizarlos con pleno sentido y en un contexto apropiado.

En este sentido, y teniendo en cuenta las condiciones anteriores, a nivel central los indicadores permiten obtener un panorama de los logros de un sistema educativo en lo relativo a la obtención de determinados resultados, los cuales constituyen un punto de referencia para conocer los rasgos centrales del sistema para entender cómo funciona, o detectar los principales problemas, de suerte que apoyen la toma de decisiones. También sabemos que la realidad de un sistema educativo o de una institución como la universidad es enormemente compleja, por lo que ningún indicador particular podría abarcarla. Para intentarlo se necesitan muchos indicadores, que en conjunto cubran sus múltiples dimensiones.

Gran parte de las investigaciones sobre la universidad en contextos europeos y también latinoamericanos, recurren a este tipo de información secundaria, lo que implica la consideración, en sus fundamentos, desarrollo o conclusiones, de algún dato de tipo estadístico, aun cuando sólo permita contextualizar el debate. Sabemos que estas medidas son variables aproximativas, es decir, sustitutivas de una realidad compleja y que no representan los hechos reales en sí mismos. Sin embargo, aun las críticas más radicales respecto de este tipo de análisis, no lo excluyen, sino que proponen combinarlo con otras aproximaciones. Kells (1991) señala los beneficios de esa combinación cuando dice: “el resultado son instituciones más fuertes, con una moral más alta y contando con una mayor confianza pública” (p. 440).

Partimos del supuesto de que la mirada cuantitativa de la realidad no es más que una visión parcial y que necesita ser enriquecida por otras de tipo cualitativo. Las oscilaciones entre ambos extremos del péndulo cobran significado en una realidad compleja como la que presenciarnos en este momento, en la que la capacidad de formularse preguntas acerca de ella no parece tener límites muy próximos.

Los párrafos expuestos procuran presentar algunas reflexiones que dan pistas sobre la potencialidad de la información estadística, así como de sus limitaciones. Si bien las posibilidades de análisis son múltiples, se ven limitadas

por la complejidad de las instituciones, la vertiginosidad de los cambios en los que se inscriben y la modificación de sus funciones dentro de un contexto signado por el incesante desarrollo tecnológico.

Además, existen evidencias respecto de la existencia de un sistema universitario heterogéneo en realidades diversas (Kisilevsky 1997), así como de múltiples perfiles de estudiantes universitarios que se diferencian muy claramente entre sí. El abanico de preguntas que de esto se deriva permite proponer la necesidad de combinar la información estadística u otra información numérica, como señala Kells (1991), con juicios cualitativos, lo cual proporciona, a quien desempeña su actividad a nivel local, así como a nivel de todo el sistema, un capital cultural oportuno y pertinente, no sólo orientado hacia la toma de decisiones, sino también a la reflexión.

Muchas investigaciones señalan con frecuencia la inexistencia de información para responder a muchos interrogantes que se proponen examinar. Sin embargo, también es cierto que en Argentina y en muchos otros países no existe una práctica instalada respecto de los posibles usos de la información. Así, se crean mecanismos de desconfianzas mutuas a partir de las diferentes interpretaciones, que ponen en duda diseños conceptuales y tratamientos metodológicos, aun cuando estas dudas no deriven de rigurosos exámenes apropiados para tal finalidad. La tensión entre las necesidades del sector gubernamental y las de las instancias locales se encuentra entre en los principales factores limitativos a la confianza en la calidad de la información. La superación de esa rigidez permitirá enriquecer las discusiones teóricas que por momentos parecen encapsularse en este contexto de crisis de modelos y paradigmas.

BIBLIOGRAFÍA

- Frackmann, Edgar, (1991): “Lecciones que deben aprenderse de una década de discusiones sobre indicadores de rendimiento” En: **La evaluación de las instituciones universitarias**, Consejo de Universidades, Madrid.
- Kells, H.: (1991) “La insuficiencia de los indicadores de rendimiento para la educación superior: la necesidad de un modelo más global y formativo”. En: **La evaluación de las instituciones universitarias**, Consejo de Universidades, Madrid.
- Kisilevsky, M. (1997): Números para pensar: los estudiantes en la uni(di)versidad. En: **Revista del Instituto de Ciencias de la Educación**, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, mayo.
- Neave, G. (1995): Las políticas de calidad: desarrollos en el enseñanza superior en Europa occidental. En: **Revista de Educación** N°308, Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid.

NOTAS

¹ Este artículo es un resumen de la ponencia presentada por la autora en el IV Encuentro Internacional de Responsables de Estadística en Educación Superior realizado en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Ciudad de México, del 8 al 11 de setiembre de 1998.

² Programa de Mejoramiento del Sistema de Información Universitaria.